

Charo y la puerta cerrada

Sucedió una mañana del día lunes. Toda la familia estaba sentada a la mesa del desayuno, conversando y riendo alegremente. Todos... menos Charo. Ella se portó mal y su papá, enojado, le dijo:

—¡Bájate de la silla y sal afuera cinco minutos!

Avergonzada y de mala gana, Charo se bajó de la silla y, sin mirar a su papá, salió del comedor y tiró la puerta de un golpe.

Por sus mejillas corrían gruesas lágrimas. Parada, fuera de la puerta, los minutos le parecían largos como horas. ¡Qué triste se sentía!

MALO EN LUGAR DE CHARO

Pasaron tres largos minutos y se abrió la puerta. Panchito asomó la cabeza y le dijo:

—Charito, vete adentro. Yo voy a ser malo en lugar tuyo.

Abrazó con cariño a su hermana y le dio un fuerte empujón, metiéndola en el comedor.

Nuevamente, la puerta estaba cerrada.

Charo se quedó de pie, mirando al suelo y sintiéndose muy incómoda. No sabía si su papá le iba a permitir volver a la mesa.

—Siéntate y termina tu desayuno —le dijo su papá, cariñosamente—. Panchito está cumpliendo tu castigo.

PERDONADA SIN CASTIGO

Charito comprendió que había sido perdonada, lo mismo que si hubiera cumplido todo el castigo; pero, ¡oh, qué ganas tenía de ver a Panchito nuevamente en el comedor!

Pasaron los cinco minutos y papá abrió la puerta para que Panchito pudiera entrar. Tomó a ambos niños entre sus brazos y los apretó contra su pecho.

Volvieron a rodar las lágrimas por las mejillas de Charo. Entre sollozos, pidió perdón a su papá y prometió no volver a portarse mal a la mesa del desayuno.

Agradecida, dio un fuerte abrazo a su hermano Pancho. ¡Qué bueno era él! Voluntariamente, había tomado el castigo que ella merecía.

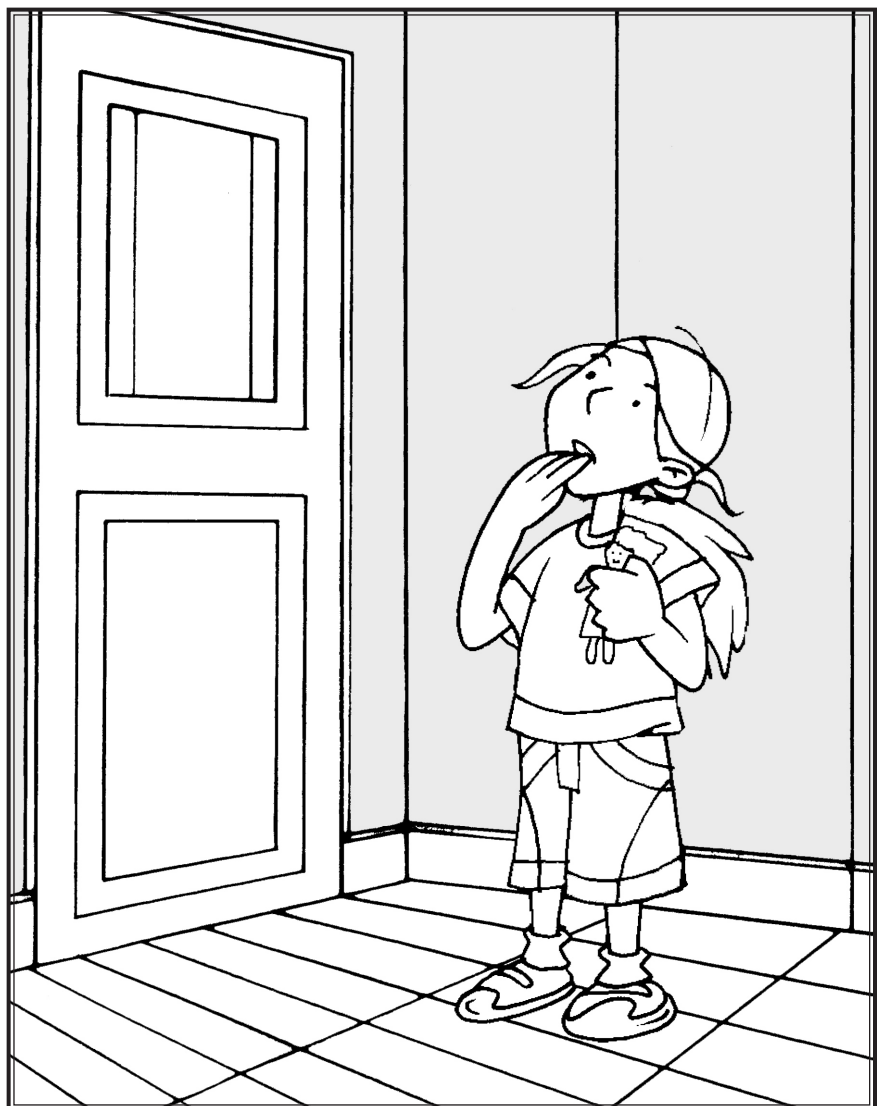
HAY OTRA PUERTA

Jesús dijo: «Yo soy la puerta...»

El Señor Jesús ha preparado un camino de salvación para ti. Murió en la cruz para perdonar tus pecados, y si tú lo recibes, Él te abre la puerta al cielo. Hoy está abierta la puerta, para que puedas recibir la salvación; pero un día se cerrará esa puerta y será demasiado tarde para que te arrepientas.

«Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo.»

Juan 10:9, NVI



Charo y la puerta cerrada

Sucedió una mañana del día lunes. Toda la familia estaba sentada a la mesa del desayuno, conversando y riendo alegremente. Todos... menos Charo. Ella se portó mal y su papá, enojado, le dijo:

—¡Bájate de la silla y sal afuera cinco minutos!

Avergonzada y de mala gana, Charo se bajó de la silla y, sin mirar a su papá, salió del comedor y tiró la puerta de un golpe.

Por sus mejillas corrían gruesas lágrimas. Parada, fuera de la puerta, los minutos le parecían largos como horas. ¡Qué triste se sentía!

MALO EN LUGAR DE CHARO

Pasaron tres largos minutos y se abrió la puerta. Panchito asomó la cabeza y le dijo:

—Charito, vete adentro. Yo voy a ser malo en lugar tuyo.

Abrazó con cariño a su hermana y le dio un fuerte empujón, metiéndola en el comedor.

Nuevamente, la puerta estaba cerrada.

Charo se quedó de pie, mirando al suelo y sintiéndose muy incómoda. No sabía si su papá le iba a permitir volver a la mesa.

—Siéntate y termina tu desayuno —le dijo su papá, cariñosamente—. Panchito está cumpliendo tu castigo.

PERDONADA SIN CASTIGO

Charito comprendió que había sido perdonada, lo mismo que si hubiera cumplido todo el castigo; pero, ¡oh, qué ganas tenía de ver a Panchito nuevamente en el comedor!

Pasaron los cinco minutos y papá abrió la puerta para que Panchito pudiera entrar. Tomó a ambos niños entre sus brazos y los apretó contra su pecho.

Volvieron a rodar las lágrimas por las mejillas de Charo. Entre sollozos, pidió perdón a su papá y prometió no volver a portarse mal a la mesa del desayuno.

Agradecida, dio un fuerte abrazo a su hermano Pancho. ¡Qué bueno era él! Voluntariamente, había tomado el castigo que ella merecía.

HAY OTRA PUERTA

Jesús dijo: «Yo soy la puerta...»

El Señor Jesús ha preparado un camino de salvación para ti. Murió en la cruz para perdonar tus pecados, y si tú lo recibes, Él te abre la puerta al cielo. Hoy está abierta la puerta, para que puedas recibir la salvación; pero un día se cerrará esa puerta y será demasiado tarde para que te arrepientas.

«Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo.»

Juan 10:9, NVI

